

La construcción de un proyecto de amor: cómo hablar a los jóvenes sobre el valor de la espera

Jokin de Irala

Profesor titular de Medicina Preventiva y Salud Pública
Facultad de Medicina, Instituto de Ciencias para la Familia
Universidad de Navarra

Introducción

Hablar a los jóvenes de la castidad constituye un cierto reto porque padres y otros educadores nos tenemos que enfrentar a un ambiente contrario al simple hecho de pronunciar esa palabra. De una manera globalizada, y con cierta intolerancia, parece que solamente es aceptable una opinión al respecto, como si hablar de castidad fuera hablar de algo negativo; de prohibiciones. En realidad, muchos educadores estamos convencidos de que la castidad forma parte de la formación integral de todo ser humano y que, todo lo contrario, nos ayuda a vivir con más plenitud, y de una manera más humana, nuestra vida como seres sexuados.

Sin embargo, tenemos ante nosotros un reto. Es preciso saber transmitir que la castidad es una buena noticia que beneficia a cualquiera. La educación debe hacerse contando con la realidad de nuestros jóvenes, a la vez que hacemos un esfuerzo pedagógico de no plantearlo únicamente desde la descripción de los peligros que acechan a quienes se abandonan a sus impulsos. Por el contrario, debemos hacer hincapié en describir sus ventajas y la felicidad de quienes, desde la castidad, son capaces de amar mejor. Se trata de acompañar a los jóvenes en la construcción de un proyecto de amor en su vida y de que comprendan el valor de la espera.

Estas reflexiones pretenden sugerir ideas educativas, líneas de trabajo, que se podrían desarrollar a la hora de hablar de la castidad. Se basan en mi experiencia como profesor universitario. He tenido la suerte de que mis alumnos hayan querido compartir generosamente conmigo sus vivencias y opiniones sobre estas cuestiones durante largas conversaciones. También utilizo ideas transmitidas por otros autores como Dennis Sonet, con gran experiencia educando a jóvenes (Sonet D, 2002). Me fascinó la primera vez que le oí hablar de la preparación para el amor cuando yo era estudiante de medicina. Algunos aspectos descritos en este texto también forman parte de un libro que he escrito para jóvenes que se están preparando para casarse (de Irala J, 2005).

El sentido de la sexualidad

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la salud sexual como:

"La integración de los elementos somáticos, emocionales, intelectuales y sociales del ser sexual por medios que sean positivamente enriquecedores y que potencien la personalidad, la comunicación y el amor". Por otra parte, la palabra sexualidad viene del latín *secare* que significa separar. Se fundamenta en la existencia de una diferenciación entre el varón y la mujer y en la búsqueda de lo diferente para complementarse gracias al amor.

Lo que observamos en animales, unidos accidentalmente con fines reproductivos, es algo totalmente distinto a lo que realizan un varón y una mujer cuya unión estable se basa en el amor y en un compromiso personal que les lleva a unirse también a través de la relación sexual y a compartir su amor con otras personas. En la definición de la OMS también queda implícito que la sexualidad humana se diferencia de la animal en varios aspectos, entre los que destaco algunas en el esquema siguiente:

SEXUALIDAD HUMANA	SEXUALIDAD ANIMAL
Hablamos de tendencias controladas por la inteligencia	Hablamos de instinto
La voluntad y la libertad hacen posible la abstinencia	Es determinista
Gracias a la cultura, la sexualidad entre varón y mujer es diversa	Consiste en un apareamiento
Está siempre presente	Suele haber estacionalidad
Es un acto consciente	El animal no comprende su sentido
Consiste en una relación interpersonal entre varón y mujer	Es un acoplamiento entre aparatos reproductores
Mejor hablar de "encuentro sexual", "relación sexual"	Puede ser más propicio hablar de "coito, cópula"
El proceso de excitación es complejo	El proceso de excitación es reflejo
Existe el pudor, la intimidad	Suele ser espontánea
Existe el orgasmo femenino	No hay orgasmo en la hembra
Podemos hablar de AMOR
Si uno es creyente, integra la espiritualidad, la religión	

Cualquier persona puede identificarse con una o más características de esta tabla. Al tener una naturaleza animal, algunos comportamientos de la columna derecha de la tabla nos podrían salir con bastante "naturalidad". Por ejemplo, hay personas que difícilmente controlan sus impulsos sexuales o que se abandonan a la excitación sexual con demasiada facilidad. Es bastante evidente que estarían empobreciendo su sexualidad, ya que no desarrollarían todo su potencial. Muchos seres humanos viven una sexualidad más animal que humana, perdiéndose así el enriquecimiento mutuo propio de la sexualidad humana. Los conceptos de libertad, voluntad y aprendizaje o educación adquieren una especial relevancia cuando uno proyecta

constituir una auténtica relación personal entre varón y mujer. En este contexto y cuando existe el compromiso para un proyecto familiar común, la sexualidad humana se desarrolla con más plenitud. Cuando hablamos de RELACIÓN conyugal o sexual, ENCUENTRO conyugal o sexual o bien el ABRAZO conyugal o sexual, estamos, de hecho, haciendo énfasis en el aspecto de relación interpersonal propia de la sexualidad humana.

La sexualidad humana tiene varias dimensiones: biológica, afectiva, placentera, cognitiva, socio-cultural, religiosa y espiritual; todas deberían satisfacerse y desarrollarse de manera equilibrada. A la hora de basar nuestras conductas y decisiones en una antropología determinada, deberíamos tener en cuenta que la antropología llamada “naturalista” u “observadora”, que pretende ser “neutral” y evita cualquier interpretación moral o social de los hechos, afirma que ninguna educación debe frenar los instintos y que la normalidad es “lo frecuente”. Esto nos conduciría más bien a una sexualidad con características animales. Por el contrario, una antropología de la persona afirma la primacía de la persona como objeto de encuentro y amor. De esta manera, no puede existir el don de uno mismo si no somos dueños de nosotros mismos; y esto no es posible sin libertad, voluntad y educación; es por esta razón la antropología que mejor nos puede conducir a una sexualidad plenamente humana.

Las cuestiones que acabo de describir deberían formar parte, como hilo conductor, de la educación y preparación de nuestros jóvenes para el amor.

Los riesgos de la sexualidad sin amor

Aunque muchos se esfuercen en afirmar lo contrario, las relaciones sexuales no son anodinas o indiferentes. Somos seres sexuados y la sexualidad implica a toda nuestra persona y no solamente a nuestros órganos genitales. En cada relación sexual dejamos parte de nosotros en la otra persona aunque no siempre seamos conscientes de ello. Se puede afirmar que la sexualidad humana “siempre tiene consecuencias” que obviamente pueden ser buenas o malas. Por el contrario, muchos medios de comunicación transmiten sin cesar la falsa idea a los jóvenes de que la sexualidad esta libre de consecuencias con tal de usar preservativos.

Las primeras relaciones conyugales pueden llenarnos de felicidad aunque no sean “técnicamente” perfectas. Para lograrlo, deben prepararse con tiempo, como se prepara una buena cena que queremos compartir con amigos. La presencia motivadora del amor es imprescindible en esas primeras relaciones sexuales entre un hombre y una mujer porque, de lo contrario, surgirá inevitablemente el sufrimiento de uno o ambos. Pero muchos confunden el amor con el deseo. El deseo que tienen, un varón y una mujer, de tener relaciones sexuales es normal y no hay nada malo en ello. Aunque el deseo no es necesariamente sinónimo de amor, el

deseo sí es necesario para el amor. Podemos sentir deseos de diferente índole pero lo que nos enriquece, como seres humanos, es lograr armonizarlos para que nos conviertan en personas con una mayor preparación y crecimiento personal. De esta manera, los deseos pueden acabar estando al servicio del prójimo y, de paso, al armonizarse también con el deseo sexual, nos encontraremos más preparados para esas primeras relaciones matrimoniales. El amor a la persona con quien queremos fundar una familia se caracteriza por acompañarse de deseos importantes como el deseo del respeto profundo, de hacerle feliz, del gozo de comunicarse, de ternura, de intimidad física y el deseo de darle un hijo convirtiéndole en padre o madre de nuestros hijos.

Los riesgos de la sexualidad precoz

Por otra parte, la sexualidad en la adolescencia no está exenta de problemas. En primer lugar porque es un período en que el paso de la infancia a la edad adulta es, como poco, desconcertante, tanto para el adolescente como para los adultos que les rodean. Sufren cambios físicos que a veces les acompleja. Los cambios psicológicos son complejos y pueden coexistir deseos de independencia aunque, de hecho, quieran seguir dependiendo de los padres. Las sensaciones sexuales irrumpen y pueden ser intensas y constantes; el autocontrol puede ser difícil. El desarrollo biológico va avanzando automáticamente mientras que el desarrollo psicológico se desarrolla con más lentitud y depende de la voluntad del adolescente y de las oportunidades que se le brindan.

El cuerpo del joven le hace sentir como si lo tuviera todo pero, al tener una relación sexual precoz, suele recibir menos de lo esperado a la vez que cree haberlo dado todo. Es evidente que para amar hace falta ser dos, pero primero hace falta ser uno para poder unirse y darse uno mismo a otra persona. El adolescente debe aprender a amarse, a comprenderse y esto empieza por un proceso de aceptación de su cuerpo, de sus limitaciones; pero también por la objetividad suficiente para valorar sus aptitudes, ya que toda persona las tiene, aunque crea lo contrario. La incapacidad de aceptarse como uno es, produce reacciones como la envidia, la excesiva idealización y dependencia total de otra persona, que le hacen a uno sufrir. Una persona con estas características acaba siendo excesivamente posesiva y por ello tiene más dificultad para amar plenamente a otra. Para darlo todo hay que tener algo que entregar y “ser alguien” previamente. Aunque su cuerpo esté preparado, puede no estarlo desde el punto de vista psicológico y, haga lo que haga, solamente puede dar parte de su ser. Evidentemente esto empeora cuando a la otra persona le ocurre lo mismo.

En la adolescencia, es más fácil la confusión entre el deseo, el afecto interior y el amor auténtico. Muchos jóvenes tienen, incluso sin ser conscientes de ello, más bien un deseo de ternura que de relaciones físicas. La “nostalgia romántica del adolescente”, esa sensación profunda de soledad, de que necesitan al otro, de que les falta alguien a quien amar, coincide con el despertar de sus sentimientos y anhelos profundos de altruismo. Si, en vez de tener paciencia y controlar sus sentimientos para madurar mejor, dan riendas sueltas a sus deseos, la probabilidad de equivocarse y de sufrir por ello es mayor.

No parece razonable, por todo lo anterior, pensar que la adolescencia es el mejor momento para iniciarse en la sexualidad. La probabilidad de encontrarse con una gran decepción es inevitablemente más alta que en edades más adultas.

La sexualidad sin amor

La sexualidad sin amor auténtico es frecuente entre quienes inician relaciones sexuales prematuramente durante la juventud y tiene sus riesgos propios. Sin embargo, los efectos de la sexualidad sin amor también se pueden observar en adultos:

- 1) Pueden llevar más lejos de lo que uno espera y se pasa fácilmente de fracasos diversos a la búsqueda de “nuevas experiencias”.
- 2) La sexualidad puede derivar en vínculos inesperados que nos condicionen la vida, como los embarazos inesperados, a pesar de la masificación de la anticoncepción. Hay estudios que demuestran que los embarazos en adolescentes ocurren antes entre quienes, en teoría, mejor informados estaban respecto a la anticoncepción.
- 3) La infidelidad y la promiscuidad son frecuentes en el ámbito de la sexualidad sin amor y propician las enfermedades de transmisión sexual.
- 4) La sexualidad sin su significado pleno, deja de ser un lugar de encuentro entre dos personas, se acaba vulgarizando y se puede convertir, por el contrario, en mero instrumento de utilización mutua para obtener un placer personal. Si la perspectiva humanizante del amor está ausente, la relación puede incluso hacerse violenta. Cuando, en la relación sexual, se disocia la inteligencia y el corazón del cuerpo (utilizado solamente como objeto de placer), o la sexualidad en su sentido amplio se confunde con la genitalidad, parte de esa persona puede sentirse decepcionada, vacía.

La sexualidad sin compromiso

Muchos adolescentes y adultos jóvenes que inician su vida sexual opinan que lo hacen por amor aunque, de momento, no quieren o no ven la necesidad del compromiso con la otra persona. Cabe plantearse si es factible hablar de auténtico amor sin compromiso. En cualquier caso, las relaciones sexuales con ese amor sin compromiso real no están exentas, tampoco, de complicaciones que los jóvenes deben conocer antes de tomar una decisión tan importante:

- 1) Una relación con otra persona se puede ver inconscientemente acelerada porque la exigencia de una vida en común llega antes y porque, paradójicamente, se hace más difícil replantearse esa relación. Se crea un vínculo cuya ruptura hace tanto daño como cualquier fracaso de proyecto de pareja.
- 2) Las primeras relaciones sexuales siempre dejan cierta huella porque dejamos parte de nosotros mismos aunque sea de manera inconsciente.
- 3) Cuando no existe un compromiso formal y un proyecto de futuro concreto, los jóvenes se pueden encontrar con que lo único que tienen en común son sus relaciones sexuales. Pueden estar viviendo, por otra parte, vidas totalmente independientes. En estas circunstancias, es fácil caer en la monotonía y finalmente terminar la relación para buscar "nuevos amores" que llenen más.
- 4) La ausencia de compromiso da inseguridad. La seguridad del compromiso es uno de los anhelos más frecuentemente citados por las personas que se quieren aunque muchos olvidan el papel del sacrificio para mantener firme el compromiso ante los conflictos que siempre surgen.
- 5) Existe el peligro del bloqueo de la maduración de la persona hacia el amor adulto. Hay personas que necesitan cambiar frecuentemente de pareja porque "dejan de querer a la otra persona" en cuanto aparecen las primeras dificultades. Dado que es imposible evitar que aparezcan dificultades en cualquier relación humana, nunca encuentran a la persona "adecuada" y corren el riesgo de acabar en la tristeza de la soledad.

En cualquier caso, también es necesario informar a los jóvenes que existen estudios científicos que contradicen claramente la idea que tienen muchos de que las primeras relaciones sexuales en adolescentes y adultos jóvenes están motivados, de hecho, "por amor". En un estudio publicado en el *British Medical Journal*, cuando se les preguntaba a un grupo representativo de adultos jóvenes sobre sus primeras relaciones sexuales, solamente un 13% (el 5% entre quienes eran menores de 15 años) afirmaba que la principal motivación de su primera relación sexual fue el amor (Dickson N et al, 1998). La motivación más frecuentemente descrita fue la curiosidad (el 50% de los varones aseveraban que fue fruto de un arrebató) y otros motivos descritos fueron el dejarse llevar por el ambiente, el alcohol y el deseo de perder la

virginidad. El 76% afirmaba que su primera relación tuvo lugar tras el primer encuentro con esa persona, con un encuentro “reciente” o con una persona “conocida” pero no en el marco de una pareja mínimamente estable. El 61% de los varones afirmaba que dicha relación duró menos de 3 meses (en 40% de los varones solamente duró un encuentro). Al final, en el momento de realizar el estudio, la gran mayoría de estos jóvenes reconocía estar arrepentido por haber tenido esas primeras experiencias sexuales. Esta proporción era mayor, cuanto más joven era la edad de inicio de las relaciones sexuales. Una cosa es lo que opinan los jóvenes, en teoría, y otra es lo que ocurre en la realidad, a juzgar por la opinión de los jóvenes publicados en los estudios científicos. Respecto al “deseo de perder la virginidad”, notemos que esto se puede deber fundamentalmente a la falta de libertad que hay en la actualidad: uno no puede opinar que prefiere no tener relaciones sexuales hasta estar preparado para mantener un compromiso estable con una persona sin ser juzgado negativamente o incluso ridiculizado en público. Esto es una coacción contra la cual es especialmente complicado defenderse en ciertos ambientes. Como fruto de esta presión, muchos quieren “ser normales” cuanto antes y buscan perder la virginidad para ser como los demás aunque en el fondo no lo deseen.

No hay que negar que pueda existir un cierto amor sinceramente afectivo en estas primeras relaciones sexuales. Sin embargo, nadie debería ser tan ingenuo como para no tener en cuenta el gran riesgo que existe en la realidad, de acabar, como mínimo, decepcionado porque ese “amor afectivo” no era aún lo suficientemente maduro, pues, al menos inconscientemente, no podía dar lugar a un compromiso real.

Finalmente, no debemos dejar de hacer hincapié en esa posibilidad real de que las relaciones sexuales resulten en un embarazo. Aunque muchos hayan salido adelante a pesar de haber nacido en circunstancias similares, no es menos cierto que no constituye, a priori, la mejor de las situaciones ni para el niño o niña ni para estos nuevos padres, probablemente insuficientemente preparados para afrontar esta situación que les sorprende. Cualquiera debería tener esta grave responsabilidad en mente antes de tomar la decisión de tener relaciones sexuales porque ni siquiera la anticoncepción puede dar la garantía total de que no se produzca un embarazo. Por otra parte, el aborto nunca será una solución ni aceptable ni humana aunque ellos perciban sinceramente que dejar nacer a su hijo/a les pueda, a una o a ambos, cambiar la vida y crean que no pueden asumir el cambio. Consiste, en definitiva, en interrumpir el desarrollo de un ser humano que no tiene ninguna culpa de la nueva situación de esta pareja.

La espera permite prepararse para la otra persona

Al igual que cualquier actividad humana, la sexualidad humana lleva a la felicidad en la medida en que exista una preparación previa, cierto conocimiento y un tiempo de maduración de la persona. Resulta útil explicar a los jóvenes que el amor humano tiene que ir madurando desde el primer enamoramiento inmaduro del adolescente, hasta el amor adulto.

El amor entre un hombre y una mujer comienza por una atracción física inicial, un deseo de conocer mejor a la otra persona, un deseo de amistad. Se pasa del “amor a sí mismo” a amar a otra persona aunque al principio este amor siga siendo “para uno mismo”. Podemos decir que es un amor un tanto posesivo en sus inicios porque el enamoramiento inicial nos gusta en tanto que nos aporta algo, nos da felicidad y estimula nuestro narcisismo. Con cierta frecuencia, se piensa más en uno mismo que en la persona amada. Este proceso de maduración es posible si el joven adquiere simultáneamente ciertas características personales y psicológicas que son imprescindibles para crecer como persona y para tener éxito en el amor. Así, si una persona no tiene paciencia, no sabe comunicarse, no decide “avanzar” declarándose a la persona amada o “renunciar” a ella para fijarse en otra, no conseguirá nunca pasar del “amor a uno mismo” al “amor al otro”.

El proceso de maduración puede seguir su curso en la medida en que ambos vayan incorporando más claves como las que acabo de enumerar. Si aprenden a aceptar al otro, crecen en voluntad, libertad y autodominio, pueden pasar del “amor al otro para uno mismo” al “amor al otro para el otro”.

El amor puede seguir madurando y cuando los enamorados aprenden a querer realmente el bien del otro, a superar las dificultades habituales en cualquier relación humana, cuando han madurado la idea del compromiso y, si son creyentes integrando su fe en todo el proceso, llegarán finalmente al amor adulto: “juntos, amarán a los demás”. El amor humano adulto es fecundo, es aquel donde dos personas abrazan el objetivo común de querer a los demás. Cuando se habla de la “fecundidad de la pareja”, no significa pensar solamente en los hijos que puedan tener juntos. La fecundidad matrimonial incluye, de hecho, tres aperturas. La pareja “como un equipo” se abre a los demás en tres vertientes esenciales. A través de la paternidad, teniendo hijos propios y/o adoptando los hijos de otros; también se abren a los demás a través de la amistad y por último se abren a la sociedad colaborando en su construcción y mejora a través de la solidaridad y la participación social. El amor entre dos personas no alcanzaría su pleno potencial si no se abre a los demás, si no incluye una preocupación genuina por aliviar el sufrimiento ajeno, trabajando por ejemplo a favor de la democracia o la justicia social. Evidentemente, cada matrimonio reparte su tiempo entre cada

una de estas “aperturas” según su generosidad, sus posibilidades, situaciones y aptitudes personales.

Lo que no cabe duda, al observar esta progresión de la madurez desde el enamoramiento inicial al amor maduro, es que es preferible llegar al amor y a la sexualidad adulta después de enriquecerse con todas las cualidades y capacidades que permiten su pleno desarrollo. En esto consiste la “preparación de la espera”. La espera permite que las cualidades de la persona se desarrollen y maduren a la par de su desarrollo biológico, más automático, y sin que el impulso de la biología precipite al joven a situaciones que frenarían o harían más complicado su crecimiento personal. Esta preparación precisa de tiempo y de un esfuerzo y ritmo personal. Constituye, en realidad, un proceso de aprendizaje donde desempeñan papeles esenciales la voluntad de la persona que madura y sin la cual no es posible ningún cambio, la ayuda de educadores y el acompañamiento de los padres y otras personas de su familia y entorno, sobre todo cuando surgen dificultades. Los buenos amigos también son imprescindibles durante este proceso. Estas cualidades, o aptitudes personales, coinciden con las “habilidades para la vida” como la paciencia o la capacidad de sacrificio, esfuerzo y superación personal, referidas por algunos científicos en revistas médicas como aspectos imprescindibles en la educación afectiva y sexual de la juventud en contraposición con programas de educación sexual más bien “veterinarios” o centrados solamente en la biología. No son características complejas o extrañas. De hecho, cualquier grupo de adolescentes o adultos jóvenes acabaría enumerando estas claves si se les preguntase “qué cuestiones o características considera importantes para tener éxito en el amor”.

La espera es un acto de amor anticipado

Además de una oportunidad para prepararse en la serenidad y objetividad, la espera es en sí un acto de amor hacia esa persona con quien podemos acabar compartiendo nuestra vida; aunque no la conozcamos todavía. Cuando tras la espera uno se entrega a la persona amada por primera vez, no solamente le está entregando su persona entera en esa relación sexual concreta sino que, de hecho, le ofrece indirectamente el don de la exclusividad, el don de la espera, el don de las dificultades y paciencia que ha tenido en el pasado para conseguirlo. La espera se puede considerar, por lo tanto, como un acto de amor anticipado que se hace realidad o concreto en el momento en que uno se entrega por primera vez a la persona amada. Hay personas que dan poco o ningún valor a la exclusividad como don especial. Sin embargo, es una opción que objetivamente existe y puede resultar interesante a muchos si lo piensan con detenimiento.

Para los jóvenes que ya han tenido relaciones sexuales

Si una persona ya ha tenido o tiene relaciones sexuales, siempre está a tiempo de dejar de tenerlas para iniciar un período de espera, por muy corto que sea, y que se puede transformar también en un don especial a esa persona amada que a lo mejor todavía no conoce. Muchas personas se arrepienten por no haber esperado. Es bueno que sepan reconocer y aceptar las circunstancias personales que les hayan podido llevar a esta decisión en el pasado. A lo mejor no tuvieron modelos o amistades adecuadas que les hablaran del valor de la espera; es posible que confundiesen el deseo con el amor o, simplemente, que se dejasen llevar por un entorno que no acepta la libertad de quien decide vivir la espera sin insultarlo o tacharlo de “persona rara”. Tampoco habría que olvidar que es posible que les haya podido motivar el egoísmo. Lo interesante es que apuesten por el cambio. No quiere decir necesariamente que quien no espera, entrega menos o no entrega nada cuando tiene una primera relación sexual con la persona con quien decide finalmente casarse. Es evidente que, cuando se ama realmente a alguien, nunca se acaban las ocasiones para hacerle feliz. Sin embargo, sí se puede afirmar que la espera es un don especial, el de la exclusividad, que no puede entregar quien no ha esperado. Pero existe también el concepto de “virginidad secundaria”. Cada vez son más frecuentes los jóvenes que deciden recuperar la oportunidad perdida para prepararse mejor para el amor a pesar de no poder dar ya el don de la exclusividad. La virginidad secundaria consiste en que un joven que ya ha tenido relaciones sexuales decide dejar de tenerlas hasta que llegue el día en que pueda comprometerse con otra persona para toda su vida y fundar una familia con ella. Consiste, en realidad, en “limitar” la carencia del don de la exclusividad y en reconstruir la virginidad inicialmente perdida. No es lo mismo entregarse a la persona amada después de haber tenido una o pocas experiencias sexuales que hacerlo después de un número alto de experiencias anteriores. Esta nueva espera se convierte automáticamente en otro don diferente al de la exclusividad pero meritorio, no obstante, y con su propio valor porque esta persona renuncia a un placer conocido para entregarse mejor a quien será su compañero/a en la aventura de fundar una familia estable a través del matrimonio.

La espera, siempre que no sea interminable, ayuda a la pareja a cultivar la ternura y a asentar una verdadera comunicación. El encuentro sexual llega entonces como culminación de la unión de los corazones, el deseo ha crecido al no ser satisfecho de inmediato, y ambos pueden entregarse con absoluta confianza y con la certeza de ser amados verdaderamente.

Muchos se preguntan, al reflexionar sobre estas cuestiones, cómo pueden saber que ya les ha llegado el momento de entregarse a la persona amada o cómo se sabe que esta persona

es con quien, efectivamente, pueden compartir su vida y fundar una familia. Evidentemente, cada cual tiene que encontrar su respuesta personal a esta pregunta, que dependerá de su madurez, de su deseo de adaptar su comportamiento a sus creencias y valores, etc. Lo que sí puedo indicar es que, cuando uno espera con el espíritu, la motivación y la voluntad de prepararse mejor para la persona con quien eventualmente compartirá su vida, aumenta la probabilidad de ser objetivo ante una situación concreta y de acertar en esa elección final. Por el contrario, quienes se precipitan en tomar este tipo de decisiones y tienen relaciones sexuales pronto, acaban, con bastante frecuencia, arrepintiéndose de sus decisiones.

Para conseguir que la espera tenga éxito, enriqueciendo a las personas enamoradas de manera que acaben preparándose bien para el amor, es imprescindible que los novios hablen de ello explícitamente y se pongan de acuerdo sobre cómo lo van a plantear en su relación concreta sin dejar de lado en la decisión sus conciencias y sus creencias, libremente asumidas. Por ejemplo, es importante que acuerden desde el principio cómo piensan “administrar” los gestos físicos del amor (besos, caricias, etc.). Una premisa de la sexualidad es que “cada manifestación física del amor llama a la siguiente” porque besos y caricias preparan al cuerpo para la entrega total. La pareja se puede encender rápidamente aumentando el deseo del abandono y la entrega total de los cuerpos. Las caricias son lenguajes que deben adaptarse, sin precipitación, a la historia amorosa, a la situación real de esa relación concreta. Esto quiere decir que si dos personas deciden posponer la entrega sexual hasta llegar al matrimonio, es importante que lo hablen y que pongan los medios pertinentes para que así ocurra. De lo contrario, su historia de amor dejaría de ser una historia personal, diseñada por ellos, y podría acabar siendo más bien el reflejo del ambiente, de la música en una noche de discoteca o el reflejo de lo que hacen sus amigos. Podría dejar de ser un proyecto común, para acabar siendo el reflejo de apetencias o arrebatos del momento. Si dos personas saben exactamente lo que pretenden y si tienen objetivos concretos y comunes, es más fácil que puedan, juntos, conseguirlo. Algunos jóvenes opinan que “hay que ser más románticos” y no calcularlo todo de esta manera. Es verdad que hay que dejar pie a la libre espontaneidad del romanticismo pero sería un error, o una ingenuidad, pensar que las cuestiones importantes como la sexualidad y sus consecuencias (como la posible paternidad), se protegen mejor sin el control de la voluntad de dos personas que se quieren.

La cohabitación

Hoy en día muchos escogen la cohabitación (convivencia en pareja) en lugar del matrimonio como primera forma de convivencia con la persona amada. Algunos deciden vivir así para siempre; muchos acuden al matrimonio después de esta experiencia y, en cualquier caso, parece que es una fórmula que resulta atractiva a muchos jóvenes de hoy.

Los estudios que están apareciendo, en la actualidad, sobre la cohabitación indican que la cohabitación antes del matrimonio aumenta el riesgo de divorcio una vez casados. Parece que la cohabitación puede cambiar la actitud de la pareja ante el matrimonio. Las personas que cohabitan son menos entusiastas ante el matrimonio y la paternidad. La institución del matrimonio les atrae menos y, cuando se casan, parece que tienen menos éxito y son más favorables al divorcio. La cohabitación seriada le hace a uno cambiar más fácilmente de pareja ante problemas que, de otra manera, podrían solucionarse con un esfuerzo de ambos, porque uno se puede acabar acostumbrando a las rupturas. El nivel de “certeza” o de “seguridad” sobre esas relaciones acaba siendo menor.

No parece que se aprenda a amar mejor con múltiples experiencias y estas experiencias son, por el contrario, predictoras de fracaso en el futuro. Algunos estudios indican que cuanto más larga es la experiencia de cohabitación, más se fija la costumbre/norma de “bajo nivel de compromiso” y esto dificulta el mantenimiento del compromiso del matrimonio si se casan.

No podemos negar que hay una diferencia entre las personas que viven juntos teniendo la intención de comprometerse para siempre (existe en este caso la voluntad de perdurar si bien no lo han hecho de una manera explícita) y aquellas sin dicha intención. Sin embargo, se diferencian del matrimonio en la fuerza y validez que indiscutiblemente da el compromiso solemne ante terceros.

El matrimonio

El matrimonio, es una manera concreta de establecer un compromiso público entre dos personas, en el ámbito civil o en el religioso. La legalización del matrimonio es crucial porque se trata de la primera institución social, la célula básica de toda sociedad, de la cual dependen las características y el futuro de las mismas. El matrimonio protege a los hijos que necesitan una institución estable para crecer y madurar. Es un apoyo al principio de la vida en común porque nos ayuda a no tirar la toalla enseguida ante problemas que siempre estarán presentes en cualquier pareja. Además, esta ayuda adquiere una mayor fuerza en el caso de un matrimonio indisoluble. El matrimonio debe ser especialmente protegido por esta función social importante y singular que tiene. El compromiso que hay detrás de un matrimonio como acto personal, con un

componente privado (el consentimiento) y otro público (su presentación oficial ante testigos y la sociedad), puede actuar como una protección de la relación en momentos difíciles. Es preciso revitalizarlo ante los jóvenes, recordando estas características y sus funciones específicas. Finalmente, el Cristiano tiene fe en que el sacramento del matrimonio es una importante ayuda concreta para vivir mejor su vocación de fundar una familia; no parece consecuente querer iniciar esa vida sin contar con esta ayuda concreta.

Bibliografía

Consejo Pontificio par la Familia. Lexicón. Términos ambiguos y discutidos sobre la familia, vida y cuestiones éticas. Ediciones Palabra SA, 2004.

De Irala J. Un momento inolvidable. Vivir plenamente la afectividad, el amor y la sexualidad. Editorial VOZDEPAPEL. Madrid, 2005.

Sonnet D. Su primer beso. La educación afectiva de los adolescentes. Sal Terrae. Santander, 2002